



Alicia
Giménez Bartlett **Mi**
querido asesino
en serie

DESTINO

Mi querido asesino en serie

Alicia Giménez
Bartlett

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1412

© Alicia Giménez Bartlett, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-233-5286-9

Depósito legal: B. 22.357-2017

Impreso por Black Print

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

La vida es extraña a veces, o para ser más precisa, es extraña casi siempre. No te das cuenta de que vas envejeciendo y de repente un buen día, frente al espejo, percibes que te han caído encima un montón de años sin comerlo ni beberlo. Aquella mañana me sucedió exactamente así. Salí de la ducha y, al peinarme, descubrí la imagen de una casi cincuentona que me observaba. La muy descuidada tenía el pelo encrespado, la piel macilenta y cara de haber visto al diablo en persona. Era yo, yo misma pero con una edad que no sentía como propia. ¿Alguien me había lanzado un conjuro, o se trataba de la antigua y conocida maldición del Paraíso Terrenal sobre los seres humanos? Puestos a ser supersticiosos, me decanté por el Génesis, con mucha más tradición y categoría que el mal de ojo. Además, como las maldiciones de la Biblia son de amplio espectro, enseguida recordé otra que también me concernía: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente». No podía iniciar un autosalvamento de urgencia yendo al salón de belleza porque, pasada una hora, me esperaban en comisaría. Ya era demasiado tarde para pedir una jornada libre por asuntos privados. Sin embargo, puesto que en el fondo son conceptos casi paralelos, me arriesgué a decantarme por la estética en detrimento de la ética. Le pediría a Garzón que me solapara un rato en el trabajo mientras yo intentaba insuflar cierto orden en el caos de mi aspecto.

El subinspector no puso ningún inconveniente, si bien me hizo la típica pregunta capciosa:

—¿Y qué digo si el comisario pide verla?

—Depende.

—¿De qué depende?

—Del tono que emplee para la petición. Si el tono es rutinario, ni caso. Si está nervioso, mienta, dígame que he tenido que ir al médico. Si se pusiera trágico, avíseme.

—¿Y si lo noto en plan borde?

—Mándelo directamente al carajo.

—De su parte, inspectora.

El salón de belleza al que solía ir a menudo cuando era más cuidadosa con mi físico ofrecía un montón de servicios: peluquería, masajes, tratamientos faciales y corporales. Calculé que en tres horas tendría tiempo de pasar por casi todos los departamentos. Y así lo hice: primero, me cortaron un poco el pelo. Más tarde, para no perder demasiado tiempo, me aplicaron en plena cara una mascarilla, densa y olorosa cual mermelada, mientras una joven muy atlética me masajeaba la espalda.

Empecé a sentirme más reconfortada. Intentar mejorar tu apariencia es ya una primera victoria contra el paso inmisericorde de los años. Al menos, eso es lo que nos han enseñado a las mujeres, y vive Dios que lo hemos aprendido bien. Sólo con leer el prospecto de una crema nutritiva o atender a las explicaciones de la esteticista, ya empieza a experimentarse un efecto placebo. Del ungüento que llevaba en el rostro me habían dicho: «Está hecho de los brotes más tiernos del té de Ceilán y tiene propiedades muy diversas: redefine el óvalo facial, alimenta las capas más profundas de la piel, minimiza las arrugas y borra las manchas de sol». En definitiva, puro bálsamo de Fierabrás con textura y color de moco verde. Para completar los cuidados, al acabar el masaje me untaron por todo el cuerpo otra crema maravillosa, capaz en teoría de devolverte la lozanía de tu primera

juventud. Entonces se largó todo el mundo y me dejaron sola en una tumbona, con luz tenue y musiquilla suave por toda compañía. «Relájese», me ordenó en tono bajo una voz femenina. Obedecí con tal intensidad que la relajación acabó primero en modorra y luego en sueño reparador.

Me despertó el sonido del móvil, que había colocado estratégicamente junto a mi oreja. Eché una mirada exánime a la pantalla: el comisario Coronas. ¿Coronas? En cuanto me encontrara cara a cara con Garzón se iba a enterar. Le tiraría algo a la cabeza, lo haría trizas.

—¿Hablo con la inspectora Petra Delicado, o debería llamar al departamento de personas desaparecidas?

—Buenos días, comisario.

—¿Se puede saber dónde cojones está, Petra?

—Llegaré en un rato a comisaría. Ya le explicaré.

Colgó. Dejé pasar cinco minutos y llamé al subinspector. Ni siquiera me permitió hablar.

—No me ha dado tiempo de avisarla, jefa. El comisario estaba entre trágico y borde pero tirando a histérico. En cuanto vio que usted no ocupaba su puesto la llamó delante de mis narices. Lo he pasado fatal.

—¡No sabe cómo lo siento, Fermín! Casi estoy a punto de llorar por usted. ¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo por parte del jefe?

—Una mujer asesinada, Petra, y debe ser algo bastante especial; pero Coronas no quiere decir nada hasta que no esté usted delante en cuerpo y alma.

—Cuenta con una hora por lo menos, antes no puedo llegar.

—¿Una hora?! Se pondrá más histérico aún. ¿Qué le digo si vuelve a aparecer por aquí?

—Dígale que estoy embadurnada de pasta verde y que tengo que tomar una ducha y secarme el pelo.

—Eso no pienso decírselo.

—Entonces, calle para siempre.

Calculé el tiempo perfectamente bien, y aun tuve suerte de que el tráfico de Barcelona se presentaba fluido. Al cabo de una hora justa ya me encontraba en condiciones de afrontar mi destino fatal.

Coronas me miró con un odio que excedía su deber. Yo puse una expresión tan neutra que casi no era una expresión.

—¿Algún tipo de excusa que quiera darme? —echó mano de la retórica.

—Estaba visitando a mi médico —mentí.

—¡Qué bien! Creí que cuando uno iba al médico pedía permiso en el trabajo.

—Era mi ginecólogo, un pequeño problema puntual, no tuve tiempo de dar parte.

Bajó los ojos con una actitud mixta: entre cohibido y *touché*. El tabú de la mujer como ente ginecológico había funcionado, nunca suele fallar. No hay hombre que, después de ese tipo de menciones, prolongue ni un minuto más el tema de conversación. Coronas fue directamente al grano:

—Petra, hace dos horas han encontrado a una mujer asesinada en su domicilio, una casita adosada a las afueras de la ciudad. En principio se ha pensado en violencia de género, pero la policía autonómica ha pedido nuestra colaboración porque el cadáver presentaba signos de enañamiento y le habían puesto una nota escrita en el pecho. Eso ha decantado las sospechas en favor de alguna venganza de crimen organizado. Váyanse para allá.

Colaborar con los *mossos d'esquadra* no me hacía mal-dita gracia. En realidad, no me gusta colaborar con nadie cuando está en curso una investigación. Eso de que el trabajo en equipo es preferible al solitario me resulta un axioma incomprensible, aunque quede bien. Es cierto que la labor policial exige un montón de gente hoy en día: especialistas en huellas, informáticos, científicos, expertos en economía, en armas, pero de la unión de sabe-

res no nace necesariamente un equipo. Lo que se entiende por «equipo» deviene normalmente en varias personas que se matan entre sí por destacar y porque sus ideas prevalezcan sobre las ajenas. No te digo nada si el equipo está formado por individuos que vienen de distintos cuerpos policiales. Entonces la cosa suele ponerse al rojo vivo. Al deseo de ser el más listo, el que lo hace mejor, se suma el orgullo corporativo, y entonces no hay dios que se entienda. Pero de entre todos los inconvenientes de los equipos, había uno que sobresalía con más fuerza: el imperativo de hablar. Yo estaba acostumbrada a Garzón, y después de tantos años, la necesidad de explicar los detalles o de cincelar los matices había casi desaparecido entre nosotros. Una palabra, un gesto, un simple gruñido estaban más cargados de significaciones que la disertación de un académico. Debo señalar que, a medida que voy envejeciendo, el tener que hacer uso de la voz me parece progresivamente estúpido. ¿Para qué charlar tanto? ¿Ayuda eso a que los humanos nos entendamos mejor? Lo dudo, de verdad, y cuando veo a la gente parloteando compulsivamente por el teléfono móvil, me dan ganas de llorar, e incluso a veces también de arrearles con el bolso.

Coronas me miraba esperando alguna pregunta por mi parte, pero yo seguía perdida en mis inoportunas divagaciones mentales.

—¿Está pensando en quién es el culpable, Petra?

—No, señor. Me cuestionaba si es necesario que colaboremos con los autonómicos.

—Está al frente un inspector joven, dicen que muy brillante. Creo que le gustará porque tiene fama de ser casi tan impertinente como usted. En cualquier caso, le recordaré una expresión que ahora está de moda: «Es lo que hay»; lo cual, traducido al lenguaje clásico, queda en: «No nos quedan más cojones». Manténganme informado.

Avanzando por el pasillo, Garzón dijo:

—Antes de que empiece a blasfemar, piense que, si no hubiera colaboración con los *mossos*, nos quedaríamos sin muerto. Éste les corresponde a ellos sin ningún género de dudas.

—¡Puaf!, ¿sabe quiénes se disputan a los muertos? Las aves carroñeras, y no me tengo por ninguna buitresa. No pienso protestar.

El subinspector se encogió de hombros.

—Con tal de llevar la contraria es usted capaz de convertirse en una palomita.

—¡No me joda, Fermín, encima de que se nos viene encima un siniestro marrón, se hace usted el gracioso!

—¡Perfecto, me gusta más verla así! Cuando se pone dócil me entra una preocupación...

Pusimos rumbo a un barrio barcelonés, cerca de Trinitat Vella, en el que había varias ristras de casitas adosadas. Eran sencillas, apenas un patio exterior y, según la información, unos setenta metros construidos. El tipo de habitante se inscribía dentro de la clase media baja. En el número seis de la calle divisamos los coches celulares y la acotación con precinto policial que habían hecho los autonómicos. Los inevitables vecinos miraban desde lejos con más curiosidad que alarma. Un también inevitable reportero nos cortó el paso.

—¿Son ustedes de la Policía Nacional, van a llevar el caso junto a la policía autonómica?

No respondí, pero oí que Garzón decía lacónicamente.

—Sí.

—¿Por qué? —atacó el reportero.

—Porque todas las policías del país están para servir al ciudadano.

Sentí un ramalazo de algo parecido a la vergüenza ajena y apreté el paso sin mirar atrás, aunque pude adivinar la voz del subinspector repitiendo un no menos vergonzoso: «Sin comentarios».

Quien debía ser el brillante joven inspector vino a mi encuentro. Tenía unos treinta y tantos, macizo, no muy alto, con los ojos verdes y el pelo cortado a lo marine. Era extrañamente atractivo. Me dio la mano con gesto grave.

—¿Inspectora Petra Delicado? Soy Roberto Fraile. Parece que vamos a ir en el mismo barco.

En ese momento llegó el rezagado Garzón. Fraile le sonrió:

—¿Te han agobiado los periodistas? Lo mejor es no hacerles ni caso. Cuando ven que llevan un rato sin pillar nada, se cansan y se van.

—Ya sabemos cómo actuar con los periodistas, hace años que los soportamos. —Sonreí a mi vez, aviesamente.

No se dio por enterado de mi brusco aviso para navegantes. Siguió siendo el dueño de la situación y nos fue conduciendo hasta donde estaba el cadáver entre comentaristas generales.

—He pedido que no lo envasen en la bolsa de plástico hasta que no lo hubierais visto vosotros.

—¿Ya ha estado aquí el forense?

—Sí, el forense y el juez. Los hombres también han estado recogiendo pruebas. Nada de particular. Falta interrogar a los vecinos, mejor que lo hagamos entre los tres.

—¡Vaya, con lo poco que le gusta a usted interrogar a vecinos, inspectora! —exclamó Garzón.

—¡Qué gracia!, ¿entre vosotros os habláis de usted?

—La fuerza de la costumbre. De la buena costumbre, quiero decir.

Me miró directamente por primera vez, estaba estupefacto. Descubrí que, si una mujer de cierta edad quiere que un hombre joven repare en ella, tiene que recurrir sistemáticamente a la mala uva.

—Si le parece bien, inspectora, podemos pasar a ver a la muerta —rectificó al instante el tuteo. Eso estaba mejor. Fraile debía estar pensando a qué especie de monstrua formalista y anticuada se estaba enfrentando. Ya ha-

bría tiempo para demostrarle que yo no era la criatura fría y distante que acababa de conocer; y si no lo descubría sería porque habría hecho méritos para ello.

Entramos en la casa por entre guardias uniformados. En el suelo, rodeada de un charco de sangre renegrida ya tras el tiempo transcurrido, yacía una mujer. Tenía la cara destrozada. Llevaba un pijama cuya parte superior estaba arremangada alrededor de los pechos. Los pantalones le enmarcaban el vientre desnudo, cuajado de marcas que parecían ser profundos cortes. Quedé horrorizada un instante. Fraile se dio cuenta enseguida.

—Poco agradable de ver, ¿verdad? Se trata de Paulina Armengol, cincuenta y cinco años. Funcionaria del estado. Soltera. Vivía sola. El forense dice que se la cargaron sobre la una de la madrugada. Alguien llamó a la puerta y ella le abrió. La apuñaló al instante veintidós veces. Luego le cortó la cara hasta que quedó irreconocible. Dejó una nota encima del cuerpo y se largó, así de fácil.

—¿Qué tipo de nota?

—Una carta de amor.

—¿Cómo? —salió la pregunta exclamatoria del gazonate de Garzón.

—Se la han llevado como prueba, pero he hecho una foto, ampliándola se puede leer muy bien.

Me pasó su móvil, pero antes de que pudiera echarle una ojeada se lo llevó de nuevo.

—Lo que haré será mandarlo a la oficina y que hagan una copia en papel.

—Sé leer en pantalla.

—Ya, pero así se verá mejor.

—¿Quiere prestarme el puto móvil de una maldita vez?

No quedó impresionado por mis rudas maneras, simplemente me pasó el teléfono y empecé a leer. Vi que Garzón hacía esfuerzos por no reír.

—Leeré en voz alta, así se entera el subinspector:

«Queridísima Paulina: Sabes que te he querido con toda la fuerza de mi corazón. En el fondo, sabes que te quiero todavía. Sin embargo, has sido tan dura conmigo, me has demostrado hasta tal punto que ya no me amas, que no he tenido más remedio que matarte contra mi propia voluntad. No se juega con el cariño ajeno. Firmado: Demóstenes».

—Demóstenes es un alias inventado, claro está —sugirió Fraile innecesariamente.

—Pero puede dar pistas.

—Pistas, ¿sobre qué, inspectora?

—¿Sabe quién fue Demóstenes, Roberto?

—No, ni idea.

—El más grande de los oradores griegos clásicos. Era tartamudo de pequeño, pero gracias a una gran constancia, la leyenda dice que metiéndose piedrecillas en la boca superó los problemas en el habla y se hizo célebre con sus discursos políticos. Cayó en desgracia delante del poder y acabó suicidándose.

—¡Joder! —dijo Fraile quedamente—. O sea que si eso nos da pistas, hay que pensar que a lo mejor buscamos a un político.

—O a un suicida cuyo cuerpo está por aparecer —añadí.

—O a un tío que masca piedras —bromeó Garzón.

—En cualquier caso, buscamos a un hombre culto —sentencié.

—Y cursi, porque eso de que con el cariño no se juega... —siguió en vena cómica el subinspector.

—Es demasiado pronto para lanzar hipótesis. Lo primero que hay que hacer es buscar a la familia, al círculo de amigos.

—Yo empezaría por los vecinos —objetó Fraile.

—De acuerdo. Encárguese usted mismo, puede ayudarle el subinspector. Yo iré a hacer unas diligencias previas en comisaría.

—No diga nada a los periodistas sobre la carta de amor, es el tipo de cosas que les flipan. Si se enganchan a eso no habrá manera de quitárnoslos de encima.

—Descuide, Roberto, todo está bajo control. Por mí ya se pueden llevar el cadáver.

Me encaminé directamente a comisaría y de allí al despacho de Coronas, donde entré casi sin llamar.

—Perdone, comisario, pero antes de empezar con el caso que acaba de encomendarme hay algo que quiero saber. ¿Quién asume el mando en la investigación, Roberto Fraile o yo?

—¡Coño, Petra, vaya entrada! ¿Le ha caído mal el compañero?

—Ni mal ni bien; pero ése no es el tema. El tema es que, como usted sabe muy bien, las investigaciones colegiadas no funcionan. Tiene que haber alguien que decida, que indique el orden de prioridades, que reparta el juego a los demás. Fraile y yo tenemos el mismo grado, así que...

—Usted es mayor que él, tiene más experiencia. Tome el mando y en paz.

—No está tan claro, señor. Eso debe hacerse de modo oficial, para que él se entere. De lo contrario pueden presentarse muchos malentendidos.

Coronas se puso a pensar en silencio. Luego resopló como un búfalo de las praderas y finalmente accedió.

—Está bien, Petra. Hablaré con los superiores de Fraile. La llamaré por teléfono con lo que haya. Mientras tanto, póngase al trabajo sin más tardanza.

Me puse sin tardanza ninguna, no sin antes imaginar qué estaría pensando Coronas. Algo así como: «Esta maldita Petra tiene ya el colmillo retorcido, cosas de la edad, que no perdona». Me importaba un pepino; no tenía la menor intención de pasar el tiempo peleando con un tipo presuntuoso para hacerme con un trozo de muerto. Que los años vayan cayendo sobre tu espalda

tiene también cosas positivas: te sientes con derecho adquirido para no aguantar según qué gilipollices y puedes protestar sin vergüenza. Si le concedían el mando último a aquel pisaverde que me miraba sin llegar a verme, no tendría más remedio que aceptarlo, pero al menos todo estaría claro, no habría tensiones.

Paulina Armengol no tenía más familia que unos primos en Mallorca. Me puse en contacto con ellos por teléfono. Que a su prima la hubieran asesinado con saña les pareció un asunto de ciencia ficción. La veían sólo una vez al año, por Navidad. Era la típica pariente de la que no se tienen demasiadas noticias y a quien se recibe por obligación, casi por caridad. Sin embargo, no pusieron dificultades en venir a Barcelona para hacerse cargo del cuerpo. No cerré ninguna puerta sobre su posible implicación, pero tenía escasa fe en que algo entrara por ella.

El siguiente paso fue ir al lugar donde trabajaba la muerta. Era funcionaria. Resultó muy fácil, prestaba servicios en una de las comisarías donde se gestionan los pasaportes y carnets de identidad de los ciudadanos. Estaba concretamente en la calle Muntaner. Los policías me saludaron y no resultó nada complicado que seleccionaran para mí a los compañeros de turno laboral de la víctima. Tres hombres. Mal asunto, fatal casualidad; con la cantidad de funcionarias mujeres que figuran en el censo estatal y tenían que tocarme tres varones. A no ser que a la muerta le gustara el fútbol, pocas confidencias habrían intercambiado con ella. Los hombres son trabajadores tan discretos como poco curiosos, capaces de estar años con un compañero sin enterarse de si está casado o no. Tanto que al final una no sabe si se trata de discreción o indiferencia. Bien distinto de las señoras, que suelen saberlo todo las unas de las otras a los cinco minutos de conocerse, incluido el número de calzado.

Empecé por un hombre mayor, que debía estar a punto de jubilarse. No salía de su asombro cuando se en-

teró de que Paulina había sido asesinada. Repetía una y otra vez las obviedades de siempre: «No tenía enemigos, era una buena mujer». Como si saber eso pudiera ayudar a esclarecer un crimen. Tampoco los testimonios de los otros compañeros aportaron nada de interés. Me enteré de que siempre llegaba al trabajo con extrema puntualidad, de que no salía a media mañana para tomar café y de que era muy amable con las personas a las que atendía en la ventanilla. Pues bien, resultaba evidente que a su asesino no le impresionaron su eficiencia ni su puntualidad, tampoco a mí, ya que nada me aclaraban sobre su vida. En cualquier caso, el retrato superficial que de ella iba pergeñándose no resultaba nada original: soltera, meticulosa, clara y corriente como el agua de un grifo. ¿Qué amante despechado puede cargarse a una mujer así? Y sobre todo: ¿cómo una mujer con tan poco carisma puede tener un amante apasionado hasta el punto de cargársela al sentirse rechazado? Había algo que no salía a la luz en aquellas primeras pesquisas. Quizá Paulina era una tigresa con apariencia de cordera, una bomba sexual, un sepulcro blanqueado que las mataba callando hasta que callando murió.

Cuando salía decepcionada de la comisaría de Muntaner, una señora de la limpieza, vestida con una bata azul y que asía con una mano un mocho de fregar y con la otra un cigarrillo, me interpeló:

—Esos que han hablado con usted no saben nada de Paulina.

—¿Y usted sí?

—Me apuesto cualquier cosa a que le han dicho que era muy buena chica y muy formal.

—¿Y no lo era?

Eché una bocanada de humo al aire apuntando hacia arriba. Se daba cuenta de que me tenía en ascuas e infundía a sus gestos una estudiada teatralidad que prolongaba el suspense.

—No digo que no, pero era muy orgullosa y siempre miraba a todo el mundo por encima del hombro.

—No me han dicho eso sus compañeros.

—Los hombres no se enteran de nada. Además, puede que con ellos no fuera así, pero conmigo era muy antipática. ¡Mil veces me había hecho volver a limpiar su mesa!: que si hay unas pelusas aquí, que si dale con limpiacrystales a la pantalla del ordenador. Se creía muy señorita. ¡Y siempre tan emperifollada! Venía a trabajar como si se fuera a una fiesta: blusitas de flores, zapatos a juego. Y cuando se echó novio la cosa fue a mayores.

La interrumpí inmediatamente:

—¿Tenía novio?

—Bueno, digo yo que debía de ser su novio. Más o menos el año pasado empezó a venir a esperarla un tipo como de la misma edad que ella. No muy alto, gordito, de lo más vulgar, pero a ella se le subieron los humos y parecía la reina de Saba. Él la esperaba en aquella esquina, siempre igual, y se iban cogiditos del brazo como dos tórtolos. Yo los veía porque a esa hora estoy fregando las escaleras y porque, de vez en cuando, salgo a fumar. Me pasaba por el lado arrugando la nariz como si yo oliera mal. Al cabo de un tiempo dejó de venir el hombre.

—¿Y a ella se la veía triste o abatida cuando el novio dejó de acudir?

—¡Ay, no sé! Pero está claro que si se había hecho ilusiones de casorio la cosa acabó en nada. Y es que a una cierta edad, ya me dirá usted si es normal ir de novios por la vida.

Por mucho que intenté que ahondara en sus comentarios malévolos, no lo conseguí. Era muy probable que no supiera más de lo que acababa de decir espontáneamente. Y, sin embargo, resultaba plausible que estuviera señalando al asesino de Paulina Armengol: un novio de madurez. Volví a entrar en las oficinas e interrogué de nuevo, sin fe y sin resultados, a todos los compañeros va-

rones. Ninguno sabía nada de novios ni de la vida privada de la mujer.

De regreso a mi despacho me encontré con Garzón. Un solo vecino, de nuevo una mujer, había visto a un acompañante de la víctima en alguna ocasión. La descripción de gordito y bajo coincidía con la que yo acababa de escuchar. Íbamos en busca de un novio despechado, un Romeo añejo que no había asimilado el abandono de la amada. La hipótesis de crimen organizado parecía desvanecerse casi definitivamente. Todo apuntaba a la execrable violencia machista.

—Tengo la impresión de que no será difícil encontrar al asesino, inspectora. Por más reservada que fuera Paulina, por más sola que estuviera en la vida, a alguien tuvo que contarle que andaba liada con un tipo, ¿no? —comentó sensatamente Garzón.

Saber a qué grado de soledad puede llegar una persona era un ejercicio sociológico muy difícil de realizar. Barcelona es una ciudad discreta, donde los ciudadanos conviven sin preguntarse gran cosa, casi sin mirarse por no interferir en la vida del otro, por no molestar. Todo sucede en medio de un silencio social compartido, como una especie de pacto implícito. Pensar que una mujer soltera que se enamora a los cincuenta y cinco no quiere decirselo a nadie hasta que no compruebe la durabilidad de ese amor no es algo descabellado ni fuera de lo normal.

—¿Han revisado ya su teléfono móvil? —pregunté.

—No sé, lo tiene el inspector Fraile.

—Esto no puede seguir así. Voy a hablar con Coronas.

—La espero aquí.

El comisario me recibió sin problemas. No sólo eso, me recibió con una alegría que me pareció fingida, y que me escamó. Estaba amable, solícito, sin atisbo de impaciencia o mal humor. Me puse en guardia definitivamente.

—Justo quería hablar con usted, Petra. Resulta que... bueno, he estado reunido con los mandos del inspector

Fraile y... bien hemos llegado al acuerdo de que sea él quien lleve el mando de la investigación. En cualquier caso es algo un poco nominal, puesto que se trata de una colaboración. Supongo que eso no tendrá la menor importancia para usted, siendo una buena profesional como es.

Parece absurdo, y dice muy poco a mi favor, pero lo cierto es que no había pensado ni un momento en aquella posibilidad. Teníamos el mismo grado, yo era mayor que él, con más experiencia en homicidios... Sentí como si me hubieran dado un mazazo en el cráneo.

—¿Quería decirme algo cuando ha entrado, Petra?
—añadió Coronas con aire angelical.

—Nada, señor. Ya está todo muy claro.

—Le aseguro que he luchado para que el mando de esta investigación recayera en usted, pero nuestras relaciones con los autonómicos han sido a veces un poco tirantes y no he querido tensar más la cuerda.

—Gracias, señor.

—¿Todo bien, Petra? ¿Puedo contar con sus máximos esfuerzos en este caso?

—Por supuesto, señor.

A tenor de los paños calientes que había puesto el jefe, debo tener fama de ser muy mandona, una especie de adicta al poder. Comprobé lo mismo al comunicarle la nueva al subinspector.

—¡Joder! —dijo por lo bajo, y me miró entrecerrando los ojos como si esperara alguna explosión. Luego preguntó—: ¿Y usted qué le dijo a Coronas?

—A sus órdenes, señor.

—Claro —farfulló—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Esperar órdenes. ¿Tiene el número de Fraile?

—Sí, pero si quiere verlo ahora está en el Anatómico Forense.

—Vamos para allá.

Estaba un poco conmocionada por la noticia de que no tendría el mando, y, en el fondo, me dolía más mi reacción

que el hecho de no tenerlo. Por eso intentaba encontrarle explicaciones razonables a mi actitud de frustración. Calma, Petra, me decía, no te fastidia recibir órdenes, simplemente te has acostumbrado a llevar las investigaciones a tu manera y ahora temes no saber cómo actuar. ¿Era así? Probablemente, pero eso vendría después, de momento no podía negar ante mí misma que no ser la jefa me sentaba fatal. Dicen que las mujeres no tenemos ese tipo de pruritos profesionales, pero no es verdad. Soy un ejemplo: estoy segura de ser una mujer, quizá ésa sea una de las últimas seguridades que me quedan, y tener que obedecer a Roberto Fraile me jodía cantidad.

Como conozco a Garzón, pude intuir en él un ánimo expectante, señal de un conocimiento recíproco. Sí, por más que intentara evitarlo, podía darse el caso de que, a la primera impertinencia de Fraile, yo le soltara una coz espectacular. ¿Pero había sido Fraile impertinente hasta el momento? No en especial.

Mi nuevo jefe estaba, en efecto, en el depósito, observando junto al forense el cuerpo de la víctima. Me miró, siempre de soslayo, y enseguida me invitó a participar en el aquelarre.

—Acérquense. Aquí el doctor Guitart me estaba diciendo que el cuerpo no presenta señales de lucha. La agresión se llevó a cabo con un cuchillo muy cortante y afilado, quizá de cocina. Los destrozos en la cara fueron hechos después de la muerte. Ninguna sustancia tóxica había sido consumida por la mujer, estaba limpia también de alcohol.

Me estremecí al ver aquel rostro zaherido, ultrajado, roto al buen tuntún sin método ni simetría. Recordaba un cuadro cubista de Picasso, pero lleno de livideces, de promontorios tumefactos y hendiduras cárdenas. Era espantoso.

—¡Dios! —exclamé en voz baja—. ¿Qué tipo de mente perturbada es capaz de hacer eso?

—No estoy seguro de que sea un perturbado —adujo Fraile—. Puede ser una agresión derivada de un acceso de ira profunda y súbita.

—Pero sólo un perturbado puede sentir ese tipo de ira.

—No crea, Petra. Según la revista *International Psychology* puede haber accesos de furia puntuales de una fuerza descomunal en individuos mentalmente sanos que estén sometidos a una gran presión ambiental o personal.

¡Vaya!, pensé, un tipo que no sabe quién era Demóstenes, pero que está fuerte en psicología forense.

—¿Qué piensa usted? —preguntó Garzón al médico.

—El inspector lleva razón. No se centren en buscar a un loco de libro porque esto pudo hacerlo alguien en estado de máxima excitación, incluso en estado de embriaguez.

Guardé silencio hasta que salimos de allí. La visión terrible del cadáver me había quitado las ganas de exhibir mi frustración de jefa humillada y me guardé mucho de comentarle nada a Fraile sobre la decisión de nuestros mandos. Tampoco él abrió la boca, aunque me puso en bandeja abordar la cuestión al decir:

—¿Qué les parece si vamos a inspeccionar la casa de la muerta? Ya no hay peligro de contaminación de pruebas.

—Lo que usted mande.

No recogió el guante, sólo remachó:

—Observando el lugar donde vivía podremos hacer una aproximación a su personalidad.

—Hemos descubierto que hace aproximadamente un año salía con un hombre que la esperaba muchas veces en la calle cuando ella acababa el trabajo. También solía recibirlo en su casa. Tenemos una descripción de dos personas que coincide, muy vaga sin embargo: gordincho y de baja estatura.

—¡Fantástico, inspectora, un diez por ustedes!

—¿Qué hay del teléfono móvil, lo han revisado ya?

—Están en ello, no creo que tarde en llegar el informe.

Nos plantamos los tres en la casa de Paulina Armengol. Abrió Fraile. Me pregunté si él mismo se ocupaba de los detalles, como por ejemplo coger las llaves del lugar. En nuestro caso, ese tipo de cosas solía hacerlas Garzón, pero el inspector no parecía tener ningún ayudante. La casa estaba tal y como la dejaron los policías de la Científica. Empezamos por el dormitorio de la víctima. Roberto Fraile iba tomando notas en su libreta. Comentaba en voz alta:

—¡Muñecas de su infancia! Eso es típico de mujeres solitarias que superan mal el pasado, la ausencia de maternidad. Ropa de cama rosa. Otro signo de falta de madurez emocional característico.

—¡Me sorprende, Roberto!, ¿ha estudiado psicología?

—Tengo ciertos conocimientos relacionados con nuestro trabajo, nada de particular. Lo de la ropa de cama rosa es un clásico.

—A lo mejor sólo quiere decir que era un poco ñoña
—soltó el subinspector.

—No, fíjese, el resto de la decoración resulta sobria. El detalle de la cama rosa es especial.

Abrió el armario ropero e hizo un gesto de presentación de los vestidos colgados:

—Écheles una mirada, inspectora. Usted podrá determinar el estilo y las preferencias mejor que yo. Entiendo poco de modas.

Le hubiera arreado con un zapato por aquel comentario sexista, pero me callé. Estaba reservándome en espera de atesorar munición más contundente para responderle. Miré detenidamente la ropa. Sabía que los compañeros habían inspeccionado todo en busca de pruebas, de modo que me limité a observar. Luego, según la sabiduría femenina que me atribuía mi compañero, determiné:

—Estilo ecléctico, discreto. Propio de una mujer de

su edad que no quiere llamar la atención pero sí resultar atractiva: blusas floreadas, faldas tubo, colores pastel. Ropa de precio medio tirando a bajo. Confección en serie. No tiene vestuario para eventos o fiestas.

—¡Toma diagnóstico a lo Christian Dior! —dijo Garzón, divertido.

—Bueno, debemos entonces suponer que es una mujer de lo más normal y corriente. Una solterona que no cerraba la puerta a las relaciones amorosas, como ustedes acaban de descubrir.

Había llegado el momento. Ya tenía suficientes balas en la recámara. Disparé:

—¿Usted está casado, Roberto?

—Sí. ¿Por qué?

—Me preguntaba qué tal deben sentarle a su esposa sus comentarios sexistas.

Oí la carcajada de Garzón al tiempo que veía la estupefacción marcada en el rostro de Fraile. Se horrorizó:

—¡No, inspectora, no piense eso! Yo sólo pretendía...

—No sé qué pretendía, pero en un minuto ha sugerido que de modelitos frívolos sí entendemos las mujeres y ha llamado solterona a la víctima.

—Tiene su explicación, es lógico que de moda femenina entiendan las mujeres y de moda masculina, los hombres. En cuanto a lo de solterona... suena feo, pero si hubiera sido un soltero varón de cierta edad hubiera dicho lo mismo: solterón, se lo aseguro.

Estaba atribulado, compungido, tanto que el subinspector terció a su favor:

—Ya se acostumbrará, inspector Fraile. La inspectora Delicado es muy puntillosa en cuestiones de sexo y condición femenina. Puntillosa quiere decir que, si puede, te clava la puntilla.

La risa del subinspector sonó aislada en la casa. Como vi que Fraile no salía de su aflicción, decidí aflojar.

—Sigamos, Roberto, era una simple puntualización. Vayamos a la cocina, el comer es completamente unisex.

La minúscula cocina estaba en orden, como el resto de la casa era un espacio estándar, sencillo y vulgar. Incluía un botiquín con aspirinas, antiácidos y material de primeros auxilios para heridas de poca importancia. Sólo me llamó la atención un estante en el que se veían alimentos de régimen: té diversos, pastillas de ginseng y demás productos de los vendidos en herboristerías y tiendas de dietética. Fraile dijo al verme husmear en esa dirección:

—Creo haber visto una tienda de todo ese tipo de productos a unas calles de aquí. Deberíamos pasar a visitarla. Muchas veces los propietarios de esos comercios aconsejan a sus clientes y recaban mucha información sobre ellos: dolencias, hábitos, manías...

No cabía duda de que nuestro nuevo compañero era hábil, rápido e intuitivo, probablemente el empollón de su clase. Descarté hacerle ningún comentario irónico sobre su brillantez porque cada vez que yo abría la boca me miraba con horror, esperando no haber metido la pata. Al menos, había conseguido finalmente que me mirara con atención, que se diera cuenta de que una mujer de mediana edad puede ser algo más que una mujer de mediana edad, o al menos que tiene una capacidad considerable para tocar las narices al prójimo.

La tienda de dietética estaba justo donde él la había visto y, lógica deducción, allí compraba sus mejunjes Paulina Armengol. La dueña era alta y delgada como un lápiz, y se quedó desconsolada cuando le comunicamos nuestra condición de policías y el asesinato de su clienta. La recordaba perfectamente.

—Pues claro que me acuerdo, pobrecita, ¡no me lo puedo creer! ¿Ha sido para robarle?

—No lo sabemos aún. Cuéntenos algo sobre ella, puede ayudarnos mucho.

—Era muy reservada. De su vida no hacía ni mención. Piense que aquí vienen clientes que te cuentan lo habido y por haber. Es lógico, la gente a veces es desgraciada y buscan en los productos naturales una vía de equilibrio, de consuelo. Pero ella no derivaba nada hacia lo personal, tampoco me pareció nunca alguien que sufriera demasiado.

—¿Qué tipo de productos consumía?

—Bueno, cosas corrientes: valeriana, té verde, a veces pan integral... Ahora que me acuerdo hace una temporada vino muchas veces a buscar barritas y píldoras saciantes, cápsulas de alcachofa, todo remedios para adelgazar. No me dio la impresión de que hubiera ganado peso a ojos vista y le pregunté: «Quiere ponerse guapa, ¿eh?». No me contestó pero me guiñó un ojo, ya ve, la pobre.

—¿Eso pudo pasar hace más o menos un año?

Miró hacia arriba como si el calendario de su memoria estuviera en el techo.

—Sí, algo por el estilo.

Dimos por terminado un interrogatorio que, al menos, había servido como corroboración. Cuando ya habíamos salido y cruzado la calle, vimos a la dietista que venía corriendo a nuestro encuentro. Gritaba algo extraño que no entendí: «¡Hipérico, hipérico!». Al tenerla ya encima oí cómo Fraile me susurraba: «El hipérico es una sustancia natural que sirve para tratar la depresión».

—Me he acordado de pronto de que la señora Armengol me pidió grageas de hipérico durante un tiempo. Pensé que se encontraba baja de moral porque su dieta de adelgazamiento no había dado resultado.

—¿No le preguntó usted nada?

—Inspectora, para una clienta callada que tenía... si les preguntara detalles a mis clientes me pasaría la vida oyendo historias.

Regresó, también corriendo, a su tienda porque aca-

baba de entrar un anciano que movía garbosamente su bastón al caminar. A Garzón no le pasó desapercibido:

—A ése le han funcionado los potingues, va marchando como un general.

—Esos potingues tienen un efecto moderado, pero lo tienen —le contestó Fraile, aunque no convenció a mi subalterno:

—¡Puafffl!, sólo de pensar en esas porquerías me da dolor de estómago.

—Porque es usted sano y optimista. Si tuviera alguna debilidad...

—¿También entiende de plantas, Roberto? —intervine.

—¡Bah, cuatro cosas leídas en algún suplemento dominical!

—¡Le cunden mucho los suplementos dominicales; es casi un sabio!

Me miró con desconfianza, preguntándose qué segundo sentido crítico encerraban mis palabras. Garzón sonreía como un beato, gracias a aquel chivo expiatorio que había surgido en nuestras vidas, se veía libre de mis investivas por una vez.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó mi compañero inspector.

—Lo que usted ordene. Supongo que ya le han comunicado que es el jefe de la investigación.

—En cuanto a eso, inspectora, yo no he tenido nada que ver. Personalmente preferiría que trabajáramos en equipo, sin ningún tipo de jerarquías.

—No es cuestión de jerarquías sino de método. Usted debe señalar el camino a seguir.

—¿Qué les parece si redactan el informe de lo que ustedes han hecho hasta ahora? A mí me gustaría estar presente en el análisis del ordenador incautado a la víctima.

—Porque también entiende de ordenadores, claro está.

—Tengo nociones.

—¿Sacadas de otro suplemento dominical?

Sonrió con cierta tristeza:

—No, he estudiado algo de informática; sólo para aplicarla en las investigaciones.

Asentí varias veces con la cabeza y nos despedimos. Mientras volvíamos en coche a comisaría Garzón me exhortó cordialmente:

—No le dé tanta caña a este chico, Petra. Seguro que es buen tío.

—¡Me pone de los nervios! No se altera, sabe de todo, siempre está en su papel... y no tiene ni pizca de sentido del humor. ¡Apuesto a que también es abstemio!

—Algún defecto tenía que tener. Y hablando del tema: ¿qué le parece si nos arreamos una cervecita antes de empezar con el informe ese de los cojones?

—Me parece de perlas. Después de lo que acabo de decir es obligatorio marcarse alguna libación. Pero es algo que no puedo evitar: desconfío de quien no bebe.